

## 17) El destello de la responsabilidad

Definirse como el prójimo del otro, o al menos hacer coincidir la pregunta sobre nosotros mismos con la pregunta si somos el prójimo del otro, nos permite reconocer nuestra persona como libertad responsable. No basta ser libres para ser hombres de verdad. Somos hombres de verdad si la libertad es responsable, es decir, si esta responde, es decir, si se sitúa ante la pregunta del otro, si se abre a la pregunta del otro, a la pregunta que el otro encarna. La pregunta del otro, por lo tanto, su necesidad, nos ofrece el don de ser responsables, de ser verdaderamente libres hasta el fin, hasta el amor, hasta la caridad.

Ser prójimo no significa solo estar al lado de alguien, ser cercano. Vemos cómo el sacerdote y el levita de la parábola pasan cerca del hombre herido. Pasan cerca, están cerca, pero no son prójimos, porque no responden a la necesidad del otro, no son *responsables*. Sin embargo, el Samaritano responde, y esto es lo que hace de él que sea prójimo, hace prójimo su "yo". Para él, el hecho de encontrarse allí no es un accidente, como ocurre para los otros dos. "Un sacerdote descendía por casualidad por aquel mismo camino..." (Lc 10,31). El sacerdote está allí *por casualidad*, en latín: *accidit autem...* Es un accidente, es por casualidad que se encuentre allí. También para el Samaritano es una casualidad, pero él se detiene, y entonces no es ya una casualidad, un accidente, porque decide hacerse prójimo: "Se le acercó" (10,33).

La libertad que se decide por la responsabilidad transforma todas las "casualidades" en acontecimientos de vida eterna. Y es verdaderamente el destello de la responsabilidad lo que define la identidad de los actores de aquella situación.

A esto es a lo que Jesús quiere conducir la pregunta sobre la plenitud de la vida y la pregunta sobre quién es el otro, y, sobre todo, la pregunta sobre quién soy yo. La verdadera pregunta es "¿Quién soy yo para los demás?", la verdadera pregunta es si yo soy o no el prójimo de los demás, si respondo o no a la necesidad del otro. Y sobre esto es sobre lo que Jesús quiere que concentremos el examen sobre nosotros mismos, el juicio sobre quienes somos, y el trabajo efectivo de nuestra vida.

Jesús asigna intencionadamente el papel principal a un Samaritano, a una persona en desorden y en ruptura con la religión hebrea. Para los Hebreos, los Samaritanos eran casi peor que los paganos. Jesús actúa así para hacernos entender que la pregunta sobre nuestra responsabilidad hace quien está en la necesidad debe venir antes que la pregunta sobre si somos o no somos religiosamente correctos para obtener la vida eterna.

Cuando se plantea correctamente la pregunta "¿Quién soy yo?", o sea, cuando se la plantea en el ámbito de la verdad y de la realidad que son las relaciones que comprenden nuestra vida, el "¿Qué hacer?" de la primera pregunta del doctor de la Ley puede volver a renacer. Cuando la ha planteado al comienzo ("Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?"), su idea de esfuerzo, su idea de "hacer", por lo tanto, la idea que tiene de lo que significa "amar", era demasiado abstracta; era una fórmula, un problema teórico; no era aún la vida de aquel hombre. Después de haber escuchado la parábola de Jesús, el hecho de tener que definir su propio "yo" delante del otro, con el hombre en dificultad, hace de este modo que la pregunta sobre el "¿Qué hacer?", la cuestión del esfuerzo, se convierta en algo

concreto, real. Es muy diferente preguntarse en abstracto qué hay que hacer para heredar la vida eterna imaginándole la vida eterna, y preguntárselo ante alguno que yace medio muerto a nuestros pies y que al final morirá si no hacemos algo. Así, el otro al que permito llegar a ser la definición de mi “yo” (“Yo soy su prójimo”) hace así que el amor se convierta para mí en vida y realidad.

Por lo tanto, lo importante es este destello de la responsabilidad ante la necesidad del otro. Y esto, como lo representa muy bien la parábola, es en el fondo cuestión de un instante. Para los tres personajes que pasaban por aquel camino, se define el camino de su vida en un instante, así como su identidad. El sacerdote y el levita, rechazando, por mil razones, que se produjese el destello que habría llevado su libertad a la responsabilidad, han seguido su camino sin convertirse en prójimos. Aparentemente, no ha cambiado nada en su vida, pero es precisamente este el problema. No ha cambiado nada exteriormente, pero ontológicamente, han seguido su vida siendo menos “prójimos” que antes, o no habiéndolo sido en absoluto. Siguen viviendo las mismas cosas, pero con un “yo” más pobre en humanidad, más egoísta, menos libre, menos vivo, menos amante del hombre, y, por lo tanto, más estéril, más triste. Menos libre, porque la libertad que no se convierte en responsabilidad se seca, es menos ella misma, menos capaz de actos libres. Es como un músculo que no se utiliza, se queda rígido, acabando por paralizarse.

Para el Samaritano, el destello de la libre responsabilidad ante aquel hombre en dificultad determina un cambio de vida; un cambio del que Jesús imagina y relata solo el comienzo, pero que es presentado como el alba de una vida nueva. También él, si hubiera sido un personaje real, probablemente habría podido continuar viviendo como antes: la familia, el trabajo, los amigos, los viajes... Pero habría continuado viviendo las mismas cosas con un “yo” convertido en más prójimo del hombre, y, por lo tanto, más libre de seguir un camino de vida no determinado anticipadamente, no encerrado en un proyecto individual.

En la parábola del buen Samaritano, Jesús describe los primeros pasos de una vida nueva, y vale la pena que los meditemos, porque nos ayudan a comprender mejor qué significa el destello de la responsabilidad y, por lo tanto, a comprender qué significa llegar a ser el prójimo del otro. Y no debemos olvidarnos que esto equivale a comprender lo que quiere decir amar a Dios y al prójimo, tal y como Dios nos pide, y, por lo tanto, lo que quiere decir participar de la vida eterna, vivir una vida eterna.

¿Qué es lo que mueve, lo que despierta la responsabilidad? ¿Qué es lo que ha hecho que, en el Samaritano, se produzca el destello de la responsabilidad, y no en los otros dos? ¿Por qué él se ha hecho prójimo del hombre y no los otros?

En la parábola, Jesús da una sola razón a este destello: la compasión, la misericordia: “Sin embargo, un Samaritano, que estaba de viaje, pasando a su lado lo vio (también los otros dos han llegado hasta aquí; hasta aquí nada se ha producido; hasta aquí la libertad no hacía más que sufrir las cosas que se presentaban; hasta aquí no existía diferencia alguna entre el hombre herido que yacía en la tierra y los cantos del camino o los árboles que lo flanqueaban...) lo vio y tuvo compasión de él.” (Lc 10,33).

El destello, o el salto, estriba todo él en la piedad, en la compasión.